

BEKES al desnudo

No es común en estos tiempos poder darse el gusto de contemplar una muestra de desnudos. Y casi podría decirse de desnudos clásicos o al menos teñidos por una impronta clasicista.

Para mí, una de las vertientes más gratificantes de las artes plásticas, dónde incluiría también al paisaje. Vertientes que hoy ya muchos artistas y hasta críticos consideran demasiado *déjà vu*.

Desde los griegos, esta forma de arte ha atravesado muchas alternativas y adecuaciones a sus respectivas épocas. Lo que no puede negarse es que sus mejores cualidades son mediterráneas y ya entrando en el desnudo femenino, que su apogeo fue en el siglo XIX.

Y no olvido por ello magníficas interpretaciones del Giorgione o Tiziano. Ni los avances de Rubens y del maestro que, para mí, marcará su definitiva pasión por la forma y la sensualidad: Jean Dominique Ingres, que en su obra sublime “La source”, señala un camino que preconiza a los Manet, Degas y por supuesto Renoir, en los cuales esa pasión sensible desborda el clasicismo, por ejemplo, de los primeros cien años del Renacimiento. En rigor, en el caso de Renoir, se establece la relación entre verdad e ideal, que será un derrotero de muchos artistas.

El crítico de arte inglés Kenneth Clark habla de armonía, energía, éxtasis, humildad y *pathos* en el desnudo. Y creo que sí, allí coexisten, según los períodos y los artistas, esas condiciones *sine qua non*.

En el caso de Guillermo Bekes, su visión contemporánea no deja de estar ligada a toda esta breve síntesis que he señalado sobre el desnudo. Y no creo que hayan dejado de desfilan por su pensamiento agudamente atento, todos estos autores y también, por supuesto, Velázquez a través de varios espejos (*Venus sin espejo, El sueño, Pensativa*).

Lo que entusiasma en sus cuadros es el *modus* con el que compone, define y sublima su idea sobre el cuerpo femenino, que, de esta manera, se adecua perfectamente a la denominada forma de arte practicada desde antaño. Hasta la *draperie mouillée* de los franceses, que con sus paños mojados consustanciaban la geografía de los cuerpos con su entorno.

Bekes muestra, entonces, no solo destreza sino sabiduría que, como artista verdadero que es, logra brindarnos una excelente combinación no exenta de sensualidad y desasosiego en el despliegue de sus criaturas (*La espera, Daniela, Lo oculto, Algún secreto, En silencio* y el magnífico *Despertar*)

Y algo más para agregar, en esta bruma que embarga a veces al arte de estos días, es su dibujo marcado en el rigor y las veladuras que sabe articular para obtener el objetivo deseado, ya sea en la temática siempre difícil que es la piel –arquitectura sutil de la epidermis femenina-, como en los fondos que la sostienen y que, en definitiva, se convierten en una suma de aciertos puestos al servicio de su actitud artística.

Bienvenida esta muestra de *Bekes al desnudo* porque quedará como un reencuentro gratificante con la belleza. Belleza que transmiten desde siempre las obras bien trabajadas, sobre todo en este desafío que marca Bekes desde su oficio, ahora expuesto en trance con nada más y nada menos que el significativo infinito y al mismo tiempo lleno de diversidades –hermosas diversidades-, que nos ofrece también desde siempre, el cuerpo de la mujer.

Raúl Vera Ocampo